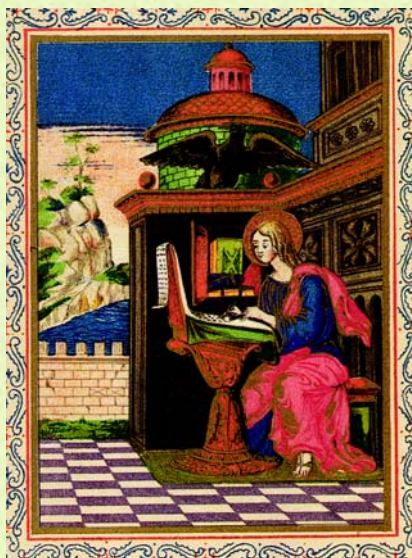


CONOCER Y VIVIR LA BIBLIA



PEDRO I. FRAILE

La Palabra va al exilio

Los profetas no son intercambiables. No es lo mismo escuchar a un Jeremías confesando a voz en grito la palabra de Dios que arde en su pecho y que no puede callar, que a un Ezequiel, complejo, brillante, críptico. Todos son portavoces de Dios y todos hablan al hombre. Su voz es actual porque el corazón humano torna una y otra vez a caer en las tentaciones de las idolatrías, de las opresiones, de las burlas de los pobres. Su voz es actual porque, ayer como hoy, Dios se posiciona. No puede estar con el que pisa al débil ni puede consentir que su pueblo sea pasto de gobernantes que lo llevan a la ruina. La voz de Dios es voz de vida, de esperanza, de futuro. Jeremías vivirá la tensión de la llamada; Ezequiel dará alas al pueblo. Dios habla claro, su voz es nítida; hace falta querer escucharla.

Josías, rey de la casa de David, ha pasado a la historia por ser un monarca piadoso que inició y sostuvo una importante reforma religiosa, fundamental para comprender la historia bíblica.

De la edad de oro a Jeremías

Después de la personalidad arrolladora y poética de Isaías, de las voces claras y duras de Amós y Oseas, sorprende un largo periodo de silencio profético. Son 75 años que siguen al esplendor de la «edad de oro» de la profecía. Es la época que coincide con el largo reinado de Manasés, hombre despótico, que «derramó ríos de sangre inocente, de forma que inundó Jerusalén de punta a cabo» (2Re 21,16). Es posible que en su tiempo surgiesen profetas, pero con toda probabilidad los hizo desaparecer. Sin embargo, a finales del s. VII volvemos a encontrarnos de nuevo con la voz de otro de los grandes profetas de Israel, Jeremías, que coincide de lleno con el final del reino de Judá.

❖ Cambio de Imperio

El profeta Isaías contempló con dolor cómo el Imperio asirio ponía fin al Reino del Norte (Israel) y cómo el rey Ezequías en el año 701 se había atrevido a enfrentarse a ellos. Todo fue un susto, porque Jerusalén fue sitiada pero no tomada. En el siglo siguiente Jeremías verá cómo el Imperio Babilónico hará lo mismo con el Reino del Sur (Judá). Asurbanipal (669-627) fue el último gran rey de Asiria y Nabopolasar (626-605) el fundador del nuevo imperio babilónico. En pocos años conquistó Assur, capital del viejo Imperio (614) y la po-

pulosa Nínive en el 612 tras sólo tres meses de asedio. Su hijo Nabucodonosor consiguió vencer en Karkemish a las maltrechas fuerzas asirias que es-

taban apoyadas por los egipcios (609). Josías, piadoso rey de Judá, quiso interponerse al ejército del Faraón y murió en la batalla. Babilonia se constituyó en la única potencia política y militar de la región. Era rey de Judá, entonces,

Joaquín y Jeremías uno de los habitantes de la ciudad santa de Jerusalén.

❖ El rey Josías y su reforma religiosa

Josías, rey de la casa de David, a finales del siglo VII, ha pasado a la historia por ser un monarca piadoso que inició y sostuvo una importante reforma religiosa, fundamental para comprender la historia bíblica.

–Hizo desaparecer los altares a otros dioses en el templo de Jerusalén que otros reyes, como Manasés, consentían.

–Mandó destruir todos los santuarios israelitas (muchos de ellos famosos, como los de Betel, Guilgal, Berseba...) y dejó como único Santuario dedicado a Yavé el que Salomón había levantado en Jerusalén.

–Concentró en Jerusalén a todos los sacerdotes y levitas que estaban dispersos por el país.

–Hizo de la Pascua una fiesta nacional.

A partir de este momento en los textos bíblicos ya no oiremos hablar de los antiguos santuarios, sino



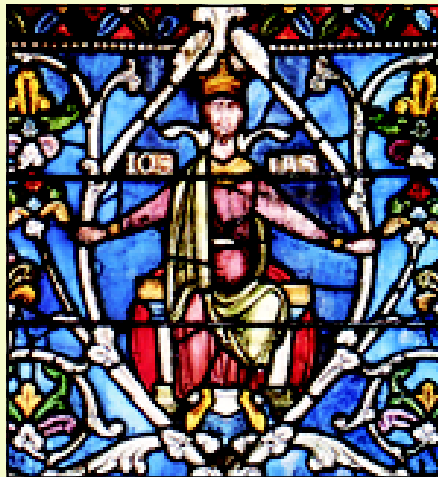
Arriba: El rey Joaquín de Judá es llevado cautivo a Babilonia en compañía del profeta Ezequiel. Abajo: El rey Manasés de Judá es llevado encadenado y con un yugo al cuello; ilustración de un texto grecobizantino del siglo XIII.



sólo del Templo de Jerusalén, y los sacerdotes que antes servían a Yavé por los santuarios se concentrarán en la Ciudad Santa.

❖ *La caída de Jerusalén*

Corre el año 603 y el rey Joaquín se ve obligado a ofrecer vasallaje a Nabucodonosor, señor y dueño del Imperio babilónico. Los únicos que pueden hacer frente a los babilonios son los egipcios. Judá se divide en dos partidos: unos proponen el vasallaje a los caldeos, los otros prefieren estar bajo los egipcios. El rey Joaquín llega a intentar una insumisión, pero será asesinado por los partidarios de someterse al poder caldeo. El año 597 Nabucodonosor aparece por Judá y los castiga con una primera deportación, llevándose a parte de la familia real, nobles y artesanos. Probablemente entre los deportados iba un joven que más tarde conoceremos como el profeta Ezequiel. El rey caldeo no arrasa el pequeño reino judío, sino que le da una segunda oportunidad y nombra rey a Sedecías, de la dinastía davídica, hombre de carácter débil. El año 589, Egipto decide intervenir militarmente en la región. El rey Sedecías no sabe de qué parte ponerse y consulta repetidas veces a Jeremías, quien le desaconsejó siempre la rebelión. Pero Sedecías no pudo resistir las presiones de los cortesanos y príncipes «egiptófilos» y se rebeló contra Babilonia. El 5 de enero del 587 vinieron los caldeos y sitiaron Jerusalén. La noticia de que los egipcios venían en ayuda de Judá hizo que se levantara brevemente el cerco y se aliviara la ciudad. Pero el 19 de julio del 586 (después de un año y medio de asedio) los caldeos abrieron brecha en los muros de Jerusalén. El desastre es total. Es el fin de la monarquía davídica, el Templo es destruido y el peque-



El rey Josías en un vitral del siglo XII de la catedral de Canterbury, Inglaterra.

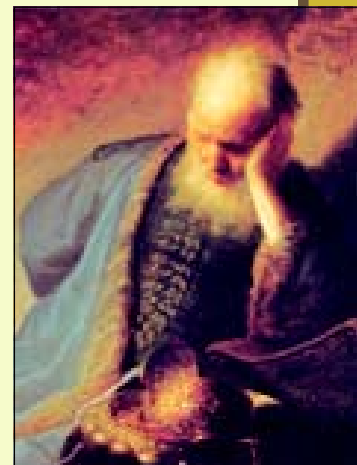
ño reino de Judá desaparece para siempre, pasando a ser una insignificante provincia del inmenso reino de Babilonia. Para infringir aún más castigo, otras dos deportaciones de judíos (los años 586 y el 582) pretenderán que desaparezca del mapa y de la historia el pueblo elegido por Dios.

Jeremías se siente obligado a una misión que lo aparta de todos sus conciudadanos, una misión que le hace sufrir.

Siente el fuego de la palabra que arde en su interior y que no puede contener. La palabra de Dios se le aparece dura y exigente en muchas ocasiones.

❖ *Jeremías, las confesiones de un vocacionado*

Jeremías nació hacia el año 650 a.C. en Anatot, ciudad de la tribu de Benjamín a seis kms. al norte de Jerusalén. De su personalidad y, en concreto, de su lucha interior tenemos datos abundantes gracias a unos textos autobiográficos que suelen denominarse «confesiones». Jeremías estuvo personalmente implicado en su propia predicación hasta el punto de que su misión profética le exigió una vida celibataria (16,1-13). Toda la vida de Jeremías tropieza con oposiciones. Es el profeta que sin duda sufrió más la soledad; poseído por Dios, se siente



El padre de Rembrandt posó como modelo para este retrato de Jeremías.

Jeremías mantiene su actualidad porque no se vende. Continuamente perseguido, apaleado, con amenazas de muerte, lleva adelante su misión. Es el profeta que identifica vida y misión, y todo desde Dios.

Jeremías dicta la profecía sobre la destrucción de Jerusalén a Baruc, su fiel compañero y escriba.

obligado a una misión que lo aparta de todos sus conciudadanos, una misión que le hace sufrir (17,18-23).

La vida de Jeremías comprende dos periodos muy distintos, cortados por el año 609, fecha de la muerte del rey Josías. Los años que preceden a este acontecimiento están marcados por el sello del optimismo: la independencia política con respecto a Asiria abre paso a una prosperidad creciente y a la reforma religiosa. Los años que siguen constituyen un periodo de rápida decadencia: Judá se verá dominada por Egipto y Babilonia, mientras que las tensiones y luchas internas están acompañadas de injusticias sociales y de corrupción religiosa. Jeremías es ante todo un profeta que vive con hondura y con dolor su condición de vocacionado.

«El Señor me habló así: "Antes de formarte en el vientre te conocí, antes de que salieras del seno te consagré, te constituí profeta de las naciones".

Yo dije: "¡Ah Señor, mira que no sé hablar, pues soy un niño!".

Y el Señor me respondió: "No digas: "Soy un niño", porque irás adonde yo te envíe y dirás todo lo que yo te ordene. No les tengas miedo, pues yo estoy contigo para librarte, oráculo del Señor"» (Jr 1,4-8).

Vocación a la que se entrega sin reservas, si bien esta será para él fuente de sufrimientos. Siente el fuego de la palabra que arde en su interior y que no puede contener. La palabra de Dios se le aparece dura y exigente en muchas ocasiones: «La palabra ha sido para mí oprobio y befa cotidiana» (Jr 20,8b); pero se convierte en «un fuego ardiente e incontenible encerrado en los huesos» del profeta (Jr 20,9). Jeremías se sabe despreciado y marginado por llevar hasta sus últimas consecuencias su vocación.

«(...) Cuando encontraba tus palabras, yo las devoraba; tus palabras eran mi delicia y la alegría de mi corazón, porque he sido consagrado a tu nombre, Señor, Dios todopoderoso. No me senté a disfrutar con los que se divertían; agarrado de tu mano me senté solo, pues tú me llenaste de tu indignación. ¿Por qué es continuo mi dolor y mi herida incurable y sin remedio?» (Jr 15,16-18).

Jeremías no es un hombre de carácter débil. Se enfrenta a todos aquellos que creen que con ir al Templo es suficiente para llevar una vida religiosa y luego pueden hacer lo que quieran explotando a los pequeños.

«Me sedujiste, Señor, y yo me dejé seducir; me has violentado y me has podido. Se ríen de mí sin cesar, todo el mundo se burla de mí. Cada vez que hablo tengo que gritar y anunciar: "Violencia y opresión". La palabra del Señor se ha convertido para mí en constante motivo de burla e irrisión (...) ¡Maldito el día en que nací; el día en que mi madre me dio a luz no sea bendito! (...) ¿Para qué salí del vientre? Para ver penas y tormentos y acabar mis días afrentado» (Jr 20,7-11.13.14-18).

Pero Jeremías no es en absoluto un hombre de carácter débil. Se enfrenta a todos aquellos que creen que con ir al Templo es suficiente para llevar una vida religiosa y luego pueden hacer lo



que quieran explotando a los pequeños. El Templo es un lugar sagrado y ellos lo han convertido en una cueva de ladrones.

«Ponte a la puerta del Templo y proclama esta palabra (...) No os fiéis de palabras engañosas repitiendo: "El Templo del Señor" (...) No podéis robar, matar, cometer adulterio, jurar en falso, incensar a Baal, correr tras otros dioses que no conocéis y luego venir a presentaros ante mí en este Templo consagrado a mí, diciendo: "Estamos seguros", y seguir cometiendo las mismas abominaciones (...) Yo os arrojaré de mi presencia (...)» (Jr 7,1-15).

Jeremías mantiene su actualidad porque no se vende. Continuamente perseguido, apaleado, con amenazas de muerte, lleva adelante su misión. Es el profeta que identifica vida y misión, y todo desde Dios.

La profecía en el exilio

La caída de Jerusalén marca una nueva etapa en la historia de la profecía. Antes de ella estuvo dominada por el tema del castigo y la amenaza. A partir de ahora, los profetas hablarán de esperanza y consuelo. El destierro de Babilonia (587-538) es uno de los puntos de referencia necesarios para poder comprender la Biblia. Podemos hablar del pueblo de Israel antes y después de Babilonia, o lo que es lo mismo, del preexilio y del postexilio. Ya nada fue como antes. Lo han perdido todo: la tierra prometida, la ciudad santa, el Templo, la independencia. Ni siquiera les queda la esperanza del retorno o la seguridad de ser el pueblo elegido y amado por Dios. ¿No está Dios con nosotros? Sin embargo, esta época del destierro será una de las más creativas de la historia de Israel: una «siembra entre lágrimas» que produce «una cosecha entre cantares» (Sal 126,5).

❖ Ezequiel, la fuerza simbólica de la palabra

Pocos datos conocemos de su vida. Contemporáneo de Jeremías, debió ser algo más joven que él, pero no aparece a su lado en los turbulentos años que terminaron con el reino de Judá y el destierro. Hijo de un sacerdote llamado Buzí, probablemente él mismo fue sacerdote, como lo sugiere su lenguaje, su conocimiento de la legislación sacral y su interés por el Templo. De todos modos, al ser desterrado a Babilonia, lejos de Jerusalén no pudo ejercer su ministerio. Muchos estudiosos piensan que Ezequiel fue llevado al destierro en la primera deportación (la del 597), antes de la conquista de Jerusalén, con el rey Jeconías y altos cargos de Judá. Ezequiel encontró acomodo en el destierro, en Tel Abib (Ez 3,15). Allí vivía con su esposa, a la que llamaba «delicia de sus ojos» (24,16).

Estas lagunas acerca de su vida hacen que tampoco sepamos precisar bien cuándo profetizó y a quién se dirigía. Para unos tuvo dos etapas: una primera en Jerusalén –cuando tiene las visiones del Templo– y una segunda en Babilonia, cuando fue deportado con los nobles. Otros piensan que sólo profetizó en la capital caldea. En cualquier caso, la caída de Jerusalén marca un rumbo nuevo en la predicación del profeta.

Ezequiel es un profeta muy profundo en su mensaje, pero difícil de leer. Probablemente por su personalidad extraña, propenso a estados anímicos muy extremos. En su libro abundan las visiones y las acciones simbólicas.



Ezequiel llevado a Jerusalén. Miniatura. Biblioteca real de Turín. Cod. 310/R. S. XIV.

Mapa de la caída de Jerusalén.



El profeta no es un hombre que cierre los ojos a los pecados de su pueblo. Todo lo contrario, los denuncia con valentía. La deportación a Babilonia y la posterior destrucción de Jerusalén fue leída como castigo por los pecados.

Representación de la visión de Ezequiel en un fresco del S. III d.C. de la sinagoga de Dura-Europos, Siria.



❖ **Dios no soporta la opresión de los pequeños**

El profeta no es un hombre que cierre los ojos a los pecados de su pueblo. Todo lo contrario, los denuncia con valentía.

«El pecado de Israel y de Judá es muy grande; el país está cubierto de sangre, y la ciudad llena de violencia. Han dicho: "El Señor ha abandonado el país, el Señor no ve nada". Pues yo tampoco los miraré con compasión ni tendré piedad, daré a cada uno según su merecido» (Ez 9,9-10).

Son cinco los grupos denunciados: príncipes, sacerdotes, nobles, profetas, terratenientes, que acumulan crímenes en Jerusalén.

«Recibí esta palabra del Señor: Hijo de hombre, di a Jerusalén: Eres una tierra que no ha sido purificada, sobre la que no ha llovido en el día del furor. Sus príncipes son como león rugiente ávido de presa; devoran a los hombres, se apoderan de tesoros y riquezas, y hacen aumentar el número de las viudas. Sus sacerdotes han violado mi ley y profanado mi santuario. No han distinguido entre lo santo y lo profano, ni han enseñado la diferencia entre lo puro y lo impuro. Han pasado por alto la profanación de mis sábados, y yo he sido deshonrado en medio de ellos. Los nobles de la ciu-

dad son como lobos ávidos de presa; derraman sangre y hacen matanzas. Los profetas recubren con cal: tienen visiones falsas y oráculos mentirosos, y dicen: "Esto dice el Señor" siendo así que el Señor no ha hablado. Los terratenientes se entregan a la violencia y al pillaje: maltratan al humilde y al pobre y oprimen al emigrante violando sus derechos. He buscado entre ellos un hombre que levantara una muralla y se mantuviera en la brecha frente a mí, defendiendo esta tierra para que yo no la destruyera, y no lo he hallado. Por eso he descargado sobre ellos mi furor, los he exterminado con el fuego de mi ira y les he pagado como merece su conducta. Oráculo del Señor» (Ez 22,23-31).

❖ **¿Dios abandona a su pueblo?**

Ezequiel da un paso más adelante: la Gloria de Yavé que habita en el Templo de Jerusalén se va de la ciudad porque no puede soportar más las abominaciones que comete el pueblo elegido (Ez 11,22-25). ¿Abandona Dios a su pueblo? ¿No había establecido permanentemente su morada entre nosotros? La presencia de Dios ¿es un salvoconducto para hacer lo que deseamos o es una exigencia? Ya Jeremías había advertido que el Templo de Jerusalén no era un cheque en blanco para campar a sus anchas. Ezequiel es severo: la Gloria de Yavé, -esto es, Dios mismo-, es fiel a sus promesas, pero no tolera la opresión de los débiles.

❖ **Dios restaurará a su pueblo**

La deportación a Babilonia y la posterior destrucción de Jerusalén fue leída como castigo por los pecados. Dios no era el culpable porque el pueblo tenía la Ley y le habían desobe-

decido obstinadamente. Dios había abandonado a su pueblo y los enemigos habían entrado a saco. Fue tan grande la conmoción que todo se trastocó. Incluso el mensaje del profeta sufre un cambio radical. De la denuncia pasa a ser profeta de esperanza. Dios no abandona a su pueblo y anuncia una gran restauración.

Si los encargados (pastores) de su pueblo (rebaño) no han sabido ni han querido apacentar con cariño y esmero, él mismo será el pastor.

«Porque esto dice el Señor: Yo mismo buscaré a mis ovejas y las apacentaré. Como un pastor cuida de sus ovejas cuando están dispersas, así cuidaré yo a mis ovejas y las reuniré de todos los lugares por donde se habían dispersado en día de oscuros nubarrones. Las sacaré de en medio de los pueblos, las reuniré de entre las naciones y las llevaré a su tierra; las apacentaré en los montes de Israel, en los valles y en todos los poblados del país. Las apacentaré en pastos escogidos y pastarán en los montes altos de Israel; allí descansarán en cómodo aprisco y pacerán pingües pastos por los montes de Israel» (Ez 34,11-16).

La Gloria de Yavé que habita en el Templo de Jerusalén se va de la ciudad porque no puede soportar más las abominaciones que comete el pueblo elegido.

Los mismos montes sobre los que se abatió la espada y la destrucción (Ez 6) escuchan ahora una palabra de consuelo:

«(...) Vosotros, montes de Israel, echad vuestras ramas, producid vuestros frutos para mi pueblo Israel, porque está ya a punto de volver. Yo vengo a vosotros, me dirijo a vosotros;

volveréis a ser labrados y sembrados. Acrecentaré la población en todo Israel. Las ciudades serán repobladas y reconstruidas las ruinas. Multiplicaré vuestros hombres y animales, que serán numerosos y fecundos (...)» (Ez 36,1-15).

El elemento más importante es el cambio interior del hombre:

«Os tomaré de las naciones donde estáis, os recogeré de todos los países y os llevaré a vuestra tierra.

Os rociaré con agua pura y os purificaré de todas vuestras impurezas e idolatrías.

Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; os arrancaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne» (Ez 36, 24-26).

Sin embargo, el pueblo no se halla en situación de escuchar tales promesas. Sólo piensa: «Nuestros huesos están calcinados, nuestra esperanza se ha desvanecido» (Ez 37,11). Este pueblo que se considera muerto, sin futuro, escucha una profecía (la visión de los huesos secos) que le da esperanzas de vida (Ez 37,1-14). Así llegamos al punto culminante.

El castigo más duro que Dios podía infligir a Israel era la destrucción del Templo y la desaparición de su Gloria. Ahora, cuando todo cambie, se construirá un nuevo templo (Ez 40-42), al que volverá la Gloria del Señor (Ez 43,1-5).

Ezequiel es el gran profeta que comunica la palabra en el exilio, pero no estará solo. Surge con fuerza el Segundo Isaías (Déutero Isaías) al que dedicaremos el próximo número.



El pueblo de Israel fue esparcido por sus enemigos, así como las ovejas son dispersadas por los leones.

«La gloria del Señor apareció, y el esplendor de la gloria del Señor llenaba todo el recinto».



Vocabulario

- ❖ **Imperio asirio y babilónico:** El pueblo de Israel estuvo a merced de las grandes potencias militares de la época. Sólo sobresalió en torno al siglo X a.C. y probablemente porque los grandes imperios estaban en crisis. El Reino del Norte pagó tributo y cayó a manos de los asirios (s. VIII); el Reino del Sur a mano de los babilonios (s. VI).
- ❖ **Caldeo:** Nombre con el que se designa al imperio babilónico.
- ❖ **Reino del Norte-Reino del Sur:** Cuando el rey Salomón murió, el pequeño reino que había heredado de su padre David se dividió en dos, Norte o Israel, con capital en Samaria y Sur o Judá, con capital en Jerusalén.
- ❖ **Monarquía:** El pueblo de Dios tuvo tres reyes: Saúl, David y su hijo Salomón. A la muerte de este la monarquía sigue dos rumbos distintos: la del Norte prefiere una monarquía carismática, en la que la asamblea del pueblo elige al Rey. La del sur sigue los pasos de una monarquía hereditaria, de forma que sus reyes pertenecen a la «casa de David».
- ❖ **Yavé (Yahveh):** Es el nombre de Dios tal como le fue revelado a Moisés. Propiamente hablando son cuatro consonantes, YHWH, de forma que también se conoce como el «tetragrama sagrado». El israelita piadoso nunca pronuncia su nombre. Cuando lo ve escrito dice «Adonai» (el Señor) o «hasem» (el nombre divino) a la vez que hace una inclinación de cabeza en señal de respeto. ■

PARA UN TRABAJO EN COMÚN

1. Descubrir la Biblia:

Objetivo.

Descubrir la actualidad de los profetas para el hombre de hoy.

Propuestas de diálogo

- a) Jeremías tiene fama de ser un llorón. Sin embargo la Biblia nos lo presenta como un vocacionado que sufre por llevar adelante su misión. ¿Tienes alguna experiencia de haber sido criticado o marginado por vivir de acuerdo con tu fe y tus convicciones? Jeremías dice que la palabra de Dios no se puede callar. ¿Has sentido alguna vez el fuego irresistible de la palabra de Dios en tu vida y has querido proclamarla?
- b) La palabra profética de Ezequiel fue fundamental para que el pueblo no se hundiese en medio del destierro de Babilonia. ¿Cuáles son las circunstancias que más preocupan hoy a nuestro pueblo, que más le someten y que le impiden mirar al futuro con esperanza?

2. Texto para orar: Ez 37,1-14.

- Lee la visión de los huesos secos.
- Enumera situaciones vitales tuyas o de tu comunidad que sean de sequedad, de falta de vida, de hastío.
- ¿Crees que es posible renacer en medio de situaciones límite de cansancio y pobreza humana como lo anuncia Ezequiel?
- ¿Qué papel juega la fe en este proceso de mirar con esperanza al futuro?

3. Oración.

Dios, Padre bueno, fuente de todo consuelo y misericordia. Reconocemos que estamos cansados, que nos falta el aliento para seguir en la brecha, que se nos apodera el peso de la rutina. Miráanos con cariño y danos tu abrazo reconfortante. Dínos al oído que estás con nosotros, que es posible hacer un mundo conforme a tu voluntad, que podemos seguir creyendo en el hombre, que la violencia no tiene la última palabra. Dios, Padre bueno, danos la fuerza de tus profetas, dínos la palabra exacta para que sepamos ser portadores de esperanza, recreadores de la historia, obreros entusiasmados de tu Reino. Amén. ■